

## PUNTO MUERTO

La gran hacha partió en dos el cráneo del esqueleto, atravesó su cavidad torácica y quedó clavado en su cadera. El norse jadeaba por el cansancio. Llevaba horas combatiendo. Cuando intentó extraerla para asestar un nuevo golpe, las fuerzas le fallaron. Tardó unos segundos más de la cuenta. Suficiente para que un par de espadas oxidadas atravesaran su cuello y su pecho, y un zombi comenzase a morderle el brazo.

Otto Waismann observaba desde la colina.

En sus tiempos como hechicero del Imperio, había visto muchas batallas, y la mayoría llegaban a este momento. Un punto muerto, en el que ninguno de los bandos ha tomado ventaja, y comienza a producirse una matanza sin ninguna finalidad táctica o estratégica, solo buscando que el desgaste y cansancio sea tal, que la moral de uno de los contendientes quiebre.

Desgaste, cansancio, moral... que ridículos parecían esos conceptos ahora como nigromante: Los muertos no huían, los muertos no se cansaban, y con un simple levantamiento de brazos y las palabras adecuadas, los caídos de ambos ejércitos se alzaban de nuevo para engrosar las filas de la horda no muerta, mientras que la norteña no hacía más que menguar.

Hacía tiempo que había iniciado el estudio de la nigromancia para, en principio, usar su poder contra los enemigos del Reino de Sigmar. Pero cada vez le costaba más recordárselo a sí mismo. Solo encontraba debilidad en los vivos.

En cualquier caso, era el momento de decantar la batalla a su favor. Estaba a punto de ordenar a la guardia estaliana, tumularios de tiempos de las cruzadas, que se uniese al combate cuando unos gritos salvajes, procedentes del bosque del flanco derecho, resonaron en todo el campo de batalla.

Los necrófagos encargados de vigilar dicho bosque, corrían ahora en desbandada. Estaban siendo perseguidos por una nueva amenaza. Un gran grupo de jinetes en jabalí que se desplazaban a gran velocidad, pisoteando a los caníbales. Detrás, una horda de goblins nocturnos, que en un principio parecían arqueros, pero que llevaban todo tipo de armas.

Una alianza entre pielesverdes y norteños era improbable pero no imposible después de todo. Pero la confusión se apoderó del nigromante cuando los orcos cargaron sobre los pocos barbaros que quedaban en esa zona. Estaban atacando a los dos bandos.

El camino hasta su posición había quedado expedito, pero sin ser consciente de ello, los tumularios ya habían formado en varias líneas frente de él para protegerlo de la nueva amenaza. Los primeros jinetes que se acercaron fueron calcinados por fuego púrpura procedente del nigromante. Sin embargo, muchos más se dirigían hacia ellos. Los esqueletos acorazados, con sus armas encantadas, se prepararon para recibir la carga, pero... Nunca ocurrió. La horda verde rodeó la posición de Waismann y siguió corriendo hacia las montañas alejándose del campo de batalla.

El desconcierto era total en Otto. Esos salvajes habían aparecido, se habían abierto camino entre ambos bandos y habían desaparecido. En ese momento lo entendió. No estaban atacando, estaban huyendo. Y pronto descubrió cuál era el motivo.

Una enorme horda de ranas, se desplazaba desde el bosque como una alfombra viviente que comenzó a engullir a todos los combatientes. Waismann se preparó para lanzar un nuevo hechizo... pero solo unas ridículas chispas salieron de las puntas de los dedos. Algo iba mal. Sentía una presencia, mágica, tremendamente poderosa que se estaba apoderando de los vientos de la magia.

Entonces lo vio. Una enorme criatura, una especie de rana descomunal emergió del bosque tras sus parientes más pequeños. El ser era imponente. Había oído rumores de aventureros estalianos en sus viajes a Lustria, pero nunca se los tomó en serio.

Una bestia vampírica, constituida de puro músculo y odio, paso volando al lado de Otto de camino a la nueva amenaza.

La batalla había dejado de estar en un punto muerto después de todo.